

ILUSTRACION FILIPINA,

PERIÓDICO QUINCENAL.

AÑO II.

Manila 15 de Diciembre de 1860.

NUM. 24.

La favorable acogida que mereció en el país la *Ilustracion Filipina*, el primer año de su publicacion, indujo á sus editores á introducir en el segundo periodo de su existencia notables mejoras materiales, aumentando un pliego de impresion y un dibujo autógrafo á los dos pliegos de que se componia anteriormente cada entrega, sin alterar por esto el precio de suscripcion, no obstante el aumento de gasto que semejante variacion originaba necesariamente á los mismos.

Pero contra lo que era de esperar de todo razonable cálculo y de los resultados obtenidos en el primer año, las suscripciones han ido disminuyendo desde principios del actual, hasta el extremo de no serles posible ya á los editores con las que actualmente cuentan no solo reportarse una ganancia legítima por su trabajo, sino siquiera sufragar los crecidos gastos que la parte material y de redaccion del periódico les originan.

Esplicada la situacion, á nadie deberá extrañar ciertamente que la *Ilustracion Filipina* cese de ver la luz pública, y que se despidan de sus favorecedores por medio de este número, con que por ahora termina.

No nos detendremos en hacer observaciones y en deducir consecuencias respecto á los resultados anómalos que ofrecen entre sí los dos años que abraza esta publicacion, porque además de que nos llevarian muy lejos de nuestro propósito, sospechamos que habrian de ser nuestras palabras un tanto amargas, por la circunstancia de que las verdades lo son por regla general: dejamos dormir nuestras quejas en el fondo del alma, que á fe á fe no serán las primeras ni las últimas que tengamos que deplorar mientras andemos por esta bola que llaman mundo.

Muy lejos de los redactores y editores la vana presuncion de suponer que sus tareas hayan sido una obra perfecta, acabada: nada de eso. Cuando en marzo de 1859 emprendieron esta publicacion conocian como ahora sus fuerzas, los recursos del país, y los inconvenientes que tendrian que arrostrar para proporcionarse noticias interesantes de su extenso territorio, en la parte que mereciera la publicidad por sus circunstancias especiales; pero mas que sus fuerzas, mas que otra cualquier consideracion, indújoles á descender con denuedo á la arena periodística, la idea del bien que podrian producir en él sus trabajos por débiles que fueran, retratándole tal cual es, despojado de los disfraces con que lo han presentado á los ojos de Europa las absurdas impresiones de viajeros tan crédulos como

ignorantes, y en fin iniciando mejoras y denunciando prácticas abusivas, que nuestra experiencia nos fuese revelando en el curso de la publicacion.

Por insignificantes que sean nuestros trabajos, tenemos sin embargo la satisfaccion de haber sido los primeros que en la tierra de Magallanes inauguraron una publicacion ilustrada; orgullo tanto mas legítimo cuanto que la hemos llevado á cabo en lo que nos ha sido posible con el recurso de nuestras propias fuerzas, sin que hayamos merecido la cooperacion sino de muy raras personas, á quienes damos las mas expresivas gracias por el país y por nosotros mismos.

¡Quiera Dios que la *Ilustracion Filipina* sea en breve reemplazada por otra publicacion del mismo género, que á mayor número de atractivos cuente con algo mas de fortuna, para dilatar por largos años su existencia!

LOS EDITORES Y REDACTORES.

SUMARIO.

Biografía del Excmo. Sr. Teniente general D. José Mac-Crohon, lámina.—La rareza mayor del universo, *poesias*.—Dolores, *novela*.—Juancho 2.º, *parte literaria*.—Reseña geográfica, científica, estadística, agrícola, industrial y mercantil de las provincias del archipiélago filipino, *parte científica*.—Revista de la quincena.—El cochero.—Dibujo autógrafo.

Biografía del Excmo. Sr. Teniente general D. José Mac-Crohon y Blake. (1)

D. José María Eugenio Mac-Crohon Blake O'Rian y Soyos, nació en el Ferrol el día 13 de mayo de 1803; su padre fué el digno coronel D. Luis Cristóbal Mac-Crohon, y su madre doña Inés Blake.

Antes de los cuatro años de edad fué admitido como cadete sin antigüedad, y en sus estudios dió repetidas veces felices pruebas de aprovechamiento, hasta el 18 de noviembre de 1817 en que se le nombró subteniente por eleccion.

En este destino continuó demostrando su valor y conocimientos militares, como lo hizo el año 23 en los distritos de Sabata y Puente la Reina hasta la invasion francesa, en cuyo tiempo se unió con una parte de su batallon, á las órdenes del brigadier D. Gaspar Juneque, hasta ingresar en el ejército de Galicia, con el que se halló en la retirada de Astorga, en las acciones de Puente de Sampayo y Cele, y en la retirada de Galicia sobre Cas-

(1) Véase la lámina que acompaña á este número.

tilla; siendo hecho prisionero en Gallegos del Campo en 27 de agosto y conducido á Francia, donde permaneció el resto del año padeciendo toda clase de privaciones, y mas que todo sintiendo no poder ser partícipe con sus compañeros de armas de sus continuos azares en la Península ibérica.

En este estado pudo por fin regresar á España en 1824 en que se le concedió licencia indefinida, que disfrutó hasta 11 de febrero de 1827, fecha en que tuvo de nuevo que emigrar al extranjero.

Allí permaneció volviendo á cada paso los ojos á su querida España, á la que por fin pudo regresar el 21 de enero de 1834, siendo destinado con un modesto empleo en el gobierno civil de la provincia de Málaga.

Pero como á Mac-Crohon no eran tales cargos los que le satisfacían y si los azares de la guerra, consiguió que le nombrasen comandante del provincial franco de Málaga en 15 de diciembre de 1835.

En 24 de enero de 1836 desembarcó á la cabeza de su batallón en Barcelona, y salió á campaña el 5 de febrero, encontrándose en la sorpresa de Villamayor en 26 de marzo, en las acciones de S. Andrés de las Castañas el 21 de junio, y en la de Susana el 28, hallándose al frente de una columna, cuyo mando le fué conferido en vista de sus felices disposiciones.

Concurrió á las acciones de Solsona el 1.º y 2 de mayo de 1837, siendo herido en la última, por cuyo mérito fué nombrado caballero de la orden nacional americana de Isabel la Católica; no desmayando por eso y hallándose en la gloriosa jornada sobre el puente de Alentoru y Villanova de Aleija, y en la batalla de Grá el 12 de junio, en la que por el particular mérito que contrajo fué agraciado con la cruz de primera clase de la nacional y militar orden de S. Fernando.

Se halló también este año en la del Coll de Comandono el 15 de julio, y allí, premiando su buen comportamiento y arrojo, se le declaró comandante de infantería, el 18 del mismo asistió á la de S. Feliú de Lacerra, en Capsa Costa el 29 de dicho mes, y en S. Juan de las Abadesas el 28; todas estas acciones fueron mandadas en persona por el baron de Meer, cuyo carácter rígido y grande actividad no son por nadie desconocidos.

En el año de 1838, y siguiendo su no interrumpida carrera de glorias y martirios, asistió á las acciones del 3, 4 y 5 de febrero para socorrer la plaza de Cardona, siendo agraciado por el particular servicio que prestó en ellas con el empleo de Mayor de su batallón. También concurrió á la toma de Ripoll el 16 de marzo; acciones de 5 y 6 de abril en las inmediaciones de Suria; la de las alturas de San Quirse el 15 del mismo; al sitio y toma de la fortaleza de Oris desde el 27 al 30 del propio mes; al asalto y rendición de la ciudad de Solsona, ocurridos desde el 21 al 27 de julio en que se rindió, acudiendo el 26 con todo

celo y actividad á la defensa del campamento atacado por los enemigos.

También se encontró en las acciones del 3 y 4 de agosto en las alturas de Biosca y sierras de Peracamps, siendo agraciado con el empleo de Comandante por el mérito que en ellas contrajo.

Asistió además á las de Torregard y Bergurs el 5 y el 6 de noviembre, á la expedición del valle de Arán, acciones del Sort, Ricell y Tirbia el 9, 10 y 12 de diciembre; al sitio, asalto y ocupación de la villa de Ager el 11 y 12 de febrero de 1839, en cuyo asalto se hizo acreedor por sus importantes servicios á ser nombrado teniente coronel graduado sobre el campo de batalla.

Concurrió también á las acciones de Biosca y Casa del Están el 2 y 17 de abril, mandadas, como todas las anteriores, por el baron de Meer; á la de Llada el 12 de setiembre á las órdenes del brigadier D. Fermin Salcedo, á las del 14, 15 y 16 de noviembre en las alturas de Peracamps, y Casa Llovera, que dirigió D. Gerónimo Valdés, Capitan general que era á la sazón del principado de Cataluña, y en esta se hizo también merecedor de que se le diese el grado de coronel sobre el campo de batalla.

Igualmente figuró con gloria en la acción de las Timbas de la Targa el 20 de enero de 1840; en la batalla de las alturas de Peracamps el 24 de abril de dicho año, y acciones del 26 y 28 del mismo, en las indicadas alturas y Casa de Cuadros, mandadas por el teniente general D. Antonio Van-Halen, conde de Peracamps, saliendo en la última de estas gravemente herido; y fué agraciado también sobre el campo de batalla con el empleo de teniente coronel mayor en recompensa de su brillante comportamiento.

Posteriormente partió para un nuevo destino, embarcándose en Barcelona el 12 de mayo de 1841 y arribando al de la Habana el 16 de julio, ingresando al momento en el batallón cazadores de Isabel II, y quedando de guarnición en el castillo de la Cabaña.

El 6 de mayo de 1843 volvió Mac-Crohon á la Península á evacuar asuntos propios del servicio, desembarcando el 8 de junio en Cádiz, desde donde pasó á Madrid; y estando en la corte le fué conferido en comisión el mando del segundo y tercer batallón del regimiento de Zamora, y salió á ponerse á la cabeza de ellos.

Con dicha fuerza formó parte de la división pacificadora de Galicia, siendo destinado á la provincia de Pontevedra, cuya Comandancia general se le encargó interinamente, cuando en el mes de octubre ocurrió la rebelión de la plaza de Vigo, donde tuvieron no poco que agradecerle muchos individuos.

Allí siguió á las fuerzas que mandaba el general Iriarte hasta que estas se internaron en el vecino reino de Portugal, y en todas las operaciones, que tuvieron por resultado la rendición de la indicada plaza de Vigo.



Lit. de Ramirez y Graudier.

B. Graudier lit. Manila

EXMO. SEÑOR DON



JOSE MAC-CROHON



I. C. H.

Este importante servicio le valió el empleo de brigadier de Infantería, y volvió á Madrid, por haber sido llamado, y se le confirió el mando en propiedad del regimiento que antes tuvo en comision.

El 4 de abril de 1846 volvió á Galicia y entró en operaciones contra los sublevados, encontrándose en la defensa del pueblo de Puente de Sequeiro el 17 del mismo, y en la toma de la plaza de Lugo el 27, continuando allí hasta la pacificación de dicha provincia.

Posteriormente, y por Real orden de 10 de abril de 1847, fué nombrado gobernador de Santiago de Cuba, cuyo destino desempeñó por espacio de varios años con el celo y actividad que le caracterizaban.

En el año de 1843 deseoso de la paz doméstica y la tranquilidad de la familia, habia contraído matrimonio con la señora doña Isabel Barutell y Bazoni, hija del mariscal de campo D. Juan Antonio Barutell.

Asi sucesivamente fué haciéndose acreedor á ocupar los mas elevados puestos de su carrera; y despues de haber sido durante dos años Sub-secretario del Ministerio de la Guerra, luego Capitan general de Madrid y Ministro de Marina, cuando se dirigia á Filipinas para ejercer el mando superior en el que sin duda hubiera sido dignamente apreciado, en el que iba á disfrutar un tanto de la tranquilidad que ya debia apetecer, ha sucumbido dejando una esposa modelo de esposas, cuatro tiernos hijos, y multitud de amigos que le lloran inconsolables.

Hé aquí, para terminar, un breve resúmen de su hoja de brillantes servicios.

Veces que fué herido...	2
Sitios, tomas, asaltos y } defensas de plazas en } que se halló.....}	6
Batallas.....	3
Acciones de guerra.....	33
Años de servicio hasta } fin de julio de 1860. }	45 años, 1 mes y 18 dias.

Emilio Mellado Másnera.

Poesías.

LA RAREZA MAYOR DEL UNIVERSO.

HISTORIA Y CUENTO DE COLOR DE ROSA.

Escrito en prosa que parece verso
E ímpreso en verso que parece prosa.

Ven lector siéntate aqui
Y escucha atento una historia
Que conservo en la memoria
Para contártela á tí.

En la cálida region
De este dichoso hemisferio,
Casi envuelta en el misterio
Ecsistió una poblacion.

Poblacion grande y hermosa,
Rica por natureleza;

Pero poco cuidadosa
Para aumentar su belleza.

Nunca supo acicalarse
Ni jamas tuvo aficion
Cual otras á engalanarse
Con lazos de *ilustracion*.

A la quietud entregada
En encantado retiro
Vivió del mundo olvidada
Sin exhalar un suspiro.

Por no moverse un instante
Renunciaba á toda gloria:
Aqui empieza de la historia,
Lector, lo mas importante.

Escucha con atencion
Que lo que voy á contarte
No pasa en ninguna parte
Mas que en la tal poblacion.

En ella los moradores
Eran de varios matices
Y de diversos colores
Y al parecer muy felices.

Pero no has de hacerte cruces
Si te digo, es la verdad,
Que en el siglo de las luces
Vivian en la oscuridad.

Sin embargo, hubo unos cuantos
Que cuando á oscuras la vieron
En ella encender quisieron
La luz de los adelantos.

Y como que mucho alcanza
El que bien llega á querer,
Al *quererlo* sin tardanza
La luz se vió aparecer.

Y á par de sus resplandores
Un periódico ilustrado,
Que al punto fué rodeado
Por quinientos suscritores.

No es de creer quedaría
El público descontento,
Pues que iba de dia en dia
La suscripcion en aumento.

Un año asi trascurrió,
Y el periódico aludido
Viéndose favorecido
Su condicion mejoró.

Aumentando todo un pliego
De impresion clara y hermosa,
Un dibujo y.... otra cosa
Que pensaba aumentar luego.

Con lo que y su decidida
Aficion á trabajar
Creyó poder disfrutar
Diez ó mas años de vida.

¡Infeliz! al suscritor
Le produjo tal enfado
El verse beneficiado,
Que usando de su rigor;

Sin motivo y sin clemencia
Le dejó por.... un capricho,
A la luna de Valencia;
Conque señores, *he dicho*.

Ahora, querido lector,
Que te he contado mi historia
Conservalo en tu memoria
Como un recuerdo de amor.

Y ya que así atravesé
De aquesta vida el desierto,
Al que te diga que he muerto
No le preguntes de qué.

F. DE LERENA.

Dolores.

(Conclusion.)

El conde, pasmado de cuanto observaba desde su llegada al castillo, guardó un instante silencio, y rompiéndolo bruscamente, en el momento en que se levantaba su mujer para ir á dar las disposiciones necesarias al obsequio con que le habia brindado, exclamó con amargura:

—¿Estais, pues, determinada á no acceder á mis ruegos? ¿Persistís en quedaros, despues de haberos asegurado que vuestra intercesion no tendrá ningun favorable éxito?

—Os he prometido reunirme á vos en cualquier parte en que os halleis, respondió la condesa, pero no saldré del castillo sin haber intentado el defenderos: confundiendo á nuestros enemigos.

—¿Y si yo os prohibo tan inútil como peligrosa defensa? replicó enojado el conde: ¿si yo os mando acompañarme, terminando de una vez la caprichosa separacion á que me teneis condenado hace seis años?

—No os juzgo capaz de emplear la fuerza para arrancarme de este asilo, dijo doña Beatriz sin alterarse, y solo por medio de ella podríais conseguirlo.

El conde, despechado, detuvo á su mujer que iba á dejar la estancia, y pronunció entre triste y colérico:—Pues bien, quedaos en buen hora, y continuad á vuestro placer la estraña conducta que os habeis propuesto. Parto inmediatamente para alcanzar á mis hijos, que me llevan dos horas de ventaja, pues quiero que entremos juntos en Nájera, que es el punto á donde por de pronto me encamino. Recibid mi despedida, Beatriz, y por si no volvemos á vernos, sabed que os perdono cuanto sufrir me haceis, y que os agradezco siempre los dias venturosos que en otro tiempo me dísteis.

Hizo una reverencia á la dama concluyendo esta frase, y tornando á ceñirse su espada salió precipitado del aposento.

Resuelto estaba á abandonar el castillo sin mas demora, y con tal intencion atravesaba aceleradamente una de las galerías, llamando á grandes voces al alcaide para comunicarle sus órdenes, cuando le salió al encuentro la dueña Mari-García, á la que no habia vuelto á ver desde la muerte de Dolores. Tan flaca y cadaverica se encontraba despues de aquella época la desgraciada vieja, que apenas pudo reconocerla el conde. Ella debió observarlo, y se apresuró á decirle.—Soy Mari-García, señor don Diego; ó mejor diré; soy un lastimoso resto de ella, que está reclamando el sepulcro. Dios sin embargo, en su infinita piedad, no ha querido apagar la última chispa de vida que queda en este cuerpo ruinoso, sin concederme antes el consuelo de ver á vuesa merced y pedir de rodillas su perdon.

—¡Mi perdon! exclamó el conde: ¿pues en qué me habeis ofendido, pobre anciana?

—Yo lo diré todo, pronunció María echando en derredor una mirada recelosa: todo! Pero estoy temblando de miedo: me espian, señor... me temen! La condesa me mataría si me viese hablando con vuesa merced. En nombre del cielo no dejes este castillo sin darme tiempo á que os revele el cruel secreto que atormenta mi alma. Os interesa en sumo grado conocerlo.

—¡Un secreto! repitió el adelantado, temblándole ya los labios: ¡un secreto de mi mujer!

—Oigo pasos: dijo la vieja con extrema zozobra: huyo... huyo de aquí, señor! pero no olvidéis lo que os he dicho: no me dejes morir con un atroz secreto encerrado en el alma.

Apenas dijo esto, huyó la vieja, como lo habia indicado, dejando atónito á don Diego, y casi al instante mismo entró por otro lado la condesa, que seguía á su marido, apenada sin duda por la manera fria y amarga con que termináran aquella entrevista, despues de seis años de separacion dolorosa.

—¿No os detendreis siquiera algunos minutos para tomar un refrigerio? dijo cariñosamente á su esposo.

—Sí: contestó el conde todo inmutado: sí: descansaré un rato... debo hacerlo, pues lo quereis. Mandad que me dispongan un lecho, lejos de vuestro aposento... para no molestaros. Necesito dormir un poco.

—Antes, espero que me hareis en la mesa compañía, tornó á decir la dama.

—Despues... despues de que repose algunos instantes, replicó don Diego tartamudeando. Ahora estoy quebrantado: me siento malo.

El semblante demudado del conde daba tan evidentes muestras de la verdad de lo que decia, que doña Beatriz, atribuyéndolo todo al disgusto y enojo que le habia causado negándose á seguirle en su fuga, redobló las demostraciones de cariño, y le condujo por sí misma á la pieza de aquel departamento del castillo en donde se le dispuso la cama. Sirvióle en seguida por su propia mano un vaso de vino con panetelas, y encargándole que se acostase y procurase dormir, lo dejó solc. Ya comprenderá el lector cuán imposible era que gozase don Diego del reposo que fingia anhelar y que le deseaba su esposa. Las misteriosas palabras de la dueña escitaban en su corazon sentimientos que le eran desconocidos hasta entonces. La virtud de doña Beatriz y la confianza en ella que habia sabido inspirarle, le preservaron constantemente hasta del menor asomo de celos; mas de improviso, y á pesar de sus propias convicciones, asaltaba aquella pasion tirana el descuidado pecho del adelantado, causándole tan gran perturbacion y tan violenta ansiedad, que llegó á imaginar imposible el soportarla sin morir. Apenas se encontró solo, comenzó á recorrer á largos pasos la espaciosa estancia en que se hallaba, revolviendo entre sí mil confusas ideas á cual mas disparatadas, y con tales gestos de dolor y rabia, que lo hubiera tomado por demente cualquiera que lo hubiese visto durante aquellos momentos de indescribible agitacion. Parábase, empero, de vez en cuando, y prestaba silenciosamente el oido al mas leve rumor que imaginaba percibir, esperando que la dueña viniese á buscarle para darle la esplicacion de sus singulares anuncios; mas cuando pasó media hora sin que nadie apareciese á disipar ó á confirmar sus recelos, no pudo contener mas su dolorosa impaciencia, y abriendo de súbito la puerta, se lanzó fuera del aposento y comenzó á andar sin saber adonde, pero animado con la esperanza de encontrar á María, que acaso estaria acechando la ocasion de hablarle. Desiertas estaban las varias piezas que corrió en un momento; parecia que todos los moradores de aquella parte del señorial edificio se habian hecho invisibles, y el conde, cuya anhelante impaciencia iba creciendo de punto, á medida que se prolongaba, se decidia ya á llamar á la dueña en altas voces rompiendo toda clase de miramientos, cuando pasando cerca de una puerta que se encontraba cerrada, le pareció que oía hablar detrás de ella, y prestando mayor atencion, no le quedó duda de que habia gentes en aquella cámara. Aplicó el oido con profundo silencio, y pudo distinguir las siguientes palabras, que parecian pronunciadas de intento para llevar al último extremo los penosos sentimientos que atormentaban su alma.

CAPITULO VIII.

LA REVELACION Y LA PARTIDA.

—Os he repetido cien veces, María (pronunciaba en voz baja Isabel Perez,) que no os movereis de ese sitio: os resististes á subir á la torre: me amenazásteis con que gritaríais si os obligaba; ahora es preciso que os resigneis á no apartaros de mí, porque estais loca y no conviene que charleis con nadie.

—¿Estoy loca? ¿decís que estoy loca? respondió la dueña con sordo acento: ¡mentís! ¡bien sabeis que mentís! Pero por lo mismo que tengo, gracias á Dios, toda mi razon y mi memoria, es por lo que no quereis que pueda hablar con el conde. La condesa y vos sospechais de mí: temeis que revele un secreto que conoceis debe pesar mucho sobre la conciencia de una pobre moribunda, y queríais encerrarme á mí tambien en la torre, y os proponéis despues tenerme aquí como enclavada, para quitarme los medios de descubrir el crimen... para que muera cargada con tan horrible fardo!

—¡Callad, desdichada! dijo la doncella con tono cauteloso. Cuanto estais hablando justifica el concepto en que os tenemos. Sí; sois capaz de cualquiera infamia.

—¿A qué llamais infamia? replicó colérica la vieja. Aun cuando yo lo dijese todo, ¿haría mas que cumplir un deber de conciencia? Vos sí que sois infame y endurecida pecadora: vos que no sentís remordimientos al ver á ese infeliz caballero de cuyo pan comeis, y á quien están engañando.

—María! María! repuso Isabel alterada: os he dicho que calleis, y de no hacerlo os pondré una mordaza. ¿habeis perdido el juicio? ¿Así os atreveis á hablar? ¡Desgraciada de vos, si cansada de vuestras locuras, hago saber á la condesa las palabras que acabais de articular en mi presencia!

—Me mataría... ya lo sé, dijo María, cuyo terror al oír aquella amenaza se descubria en el temblor de su voz. Pero yo no he dicho que divulgaré el secreto; yo no he dicho nada: vos sois la que me estais incitando con vuestras desconfianzas: ¿os parece justo que me tengais prisionera, á mí, pobre vieja enferma, solo porque se os ha antojado sospechar de mí lo que llamais una infamia? ¿Qué he hecho para que la condesa os dé sobre mí autoridad y señorío? ¿Le habeis servido mejor que yo? ¿No he sido como vos su cómplice? ¿No es por ella por quien sufro los atroces tormentos de una conciencia acusadora?

—Si añadís un acento mas, os juro por el cielo, exclamó re-

suelta la doncella, que os pongo ahora mismo la mordaza con que os he amenazado.

—Callaré!... callaré!... respondió María con un tono tan amedrentado y sumiso, que formaba contraste con el áspero sonido de su varonil voz; mas en el mismo instante se abrió la puerta con estrépito, al irresistible impulso del hercúleo brazo de don Diego, y apareció este tan de improviso entre aquellas dos mujeres, que ambas prorumpieron en un grito igual de sorpresa y espanto.

—A tí, miserable! dijo con tremendo acento el caballero, encañándose á Isabel: á tí sí que te será sellado el labio para siempre, si osas moverlo una sola vez sin mi mandato.

Pero la prevención era innecesaria: la doncella se habia desmayado, y yacia en tierra sin sentido. María, recobrada de su primer susto, corrió á postrarse á las plantas de su amo, y tan grande era en aquellos instantes horribles la agitacion y ansiedad de este, que, sin acertar á preguntar cosa alguna, pálido, convulso y azorado, clavaba en la vieja sus delirantes miradas con espresion casi temerosa.

—Señor! dijo María despues de besarle los pies con humilde rendimiento. Defendedme! No permitais que me quiten este resto de vida que me conserva el cielo para vuestro bien; para que os saque de un engaño cruelísimo y os revele la gran maldad cometida en vuestra casa.

—Habla! fué todo lo que pudo articular el caballero. La dueña prosiguió:

—Seis años hace que pesa sobre mi alma este atormentador secreto, y mas de dos que al remordimiento mas amargo se asocia la enfermedad que me ha enviado el cielo para castigar mi culpa. Conociendo mi próximo fin, y anhelando reparar aquella en cuanto posible sea, hasta habia pensado en huir del castillo para buscaros y contároslo todo: la postracion de mis fuerzas no me lo ha permitido, mas Dios se digna traer os tan inesperadamente, para que mi buena intencion no quede sin cumplimiento.

—¡Habla! volvió á exclamar el conde, sin poder añadir ni una palabra mas.

—Sí, señor, hablaré, continuó la dueña: suceda lo que sucediere, debo hablar ahora: pero sabed que la condesa me hace espirar; que desconfia de mí; que acaso se presente aquí cuando menos pensemos. . (y al decir esto la pobre vieja arrojaba en torno miradas llenas de espanto). ¡Habla, vive Dios! gritó de nuevo don Diego, con tan terrible acento esta vez, que María se quedó por un momento aterrada. Luego, notando que se aumentaba con su silencio la angustiosa impaciencia de su amo, dijo por último, recogiendo sus fuerzas que parecían próximas á abandonarla.

—Señor, vuestra esposa os ha engañado cruelmente, y la malvada Isabel y yo hemos sido sus cómplices.

—¡Beatriz! ¡Beatriz me ha engañado! prorrumpió el conde con tal acento que apenas parecia humano.

—¿No habeis reflexionado nunca, dijo la vieja, en las estrañas circunstancias que acompañaron á la muerte de vuestra infeliz hija? ¿No os ha llamado la atencion que tan pronto os arrancasen de vuestra casa aquellos restos que debian seros queridos? ¿Nada os hizo sospechar una desgracia tan de improviso acaecida, y que era lo único que podia desbaratar un casamiento determinado por el rey, aprobado por vos, y aborrecido por la condesa? Respondedme ¡señor! ¿no habeis tenido ningun recelo del crimen de que érais víctima?

Al escuchar estas estrañísimas palabras todas las ideas del conde quedaron trastornadas de repente, y el nuevo é impensado giro que se daba á sus sospechas, les prestaban un carácter aun mas grave y terrible del que hasta aquel instante tuvieran.

¡Desventurada! exclamó, herizándosele el cabello á pesar suyo: ¿qué acusacion intentas pronunciar? ¿qué horroroso delirio es el que vas á comunicarme?

—No es delirio, señor, respondió sollozando la anciana: no estoy loca como decia Isabel: no; conservo por permission divina toda la entereza de mi razon, aunque arruinadas ya mis facultades físicas. Lo que os diré será la pura verdad, ¡Ah; bien pudísteis sospecharla! ¿No conocíais que el doctor Yañez era un hipócrita avariento y ambicioso, capaz de vender su propia alma? ¿No sabíais que don Juan de Avellaneda aborrecia de muerte al condestable y á su familia, que miraba como un oprobio el enlace que debia verificarse, y que en su corazon de acero no hallaban entrada otros sentimientos que los del honor y el orgullo? ¿No os pareció estraordinaria la resignacion de la condesa, despues de haberos declarado que preferia ver muerta á su hija á verla casada con Rodrigo de Luna? ¿Nada os ha dicho tampoco su aparente inconsolable dolor, y los seis años de aislamiento que lleva pasados en este castillo?

¡Calla, mónstruo! ¡calla! gritó el conde aterrorizado: ¡El demonio sin duda te ha sugerido la espantosa idea de que puede una madre asesinar á su hija!

¡Asesinarla! dijo la vieja: no; yo no he dicho eso: pero el crimen no es menos cruel: ¿de qué le sirve la vida á la desgraciada niña? Sepultada en estos muros hace seis años; muerta para el mundo, para el amante que adora, para el padre que ama, ¿deberá agradecer mucho á su inhumana madre una vida sin goces, ignorada de todos sus semejantes? ¿No es cien veces mas infeliz que si descansara en el sepulcro?

El conde se pasó las manos por los ojos: le parecia que soñaba; que no era cierto nada de cuanto imaginaba estar oyendo. ¡Su hija

viva! ¡Su hija allí, cerca de él, sumida por su propia madre en aquel sombrío encierro! Eran tan inauditos aquellos sucesos, que no podia aceptarlos como verdaderos, y se confirmó en que estaba loca la reveladora de tan estraño secreto. Esta, empero, prosiguió diciendo con mayor eficacia todavía:

—Oh! sí! mas digna de compasion! es viviendo que si la hubieran arrancado de una vez de esta tierra que no la merecia. Es un ángel, señor! ¡Si supiérais cuanto ha llorado, cuanto ha padecido! Durante el primer año de su supuesta muerte la han tenido constantemente encerrada en una de las torres del castillo, sin que nadie mas que Isabel y yo tuviésemos entrada en aquella cárcel. Luego su resignacion y paciencia inspiraron á la condesa sentimientos mas benignos, y consintió en visitar con frecuencia á la pobre víctima, haciendo cuanto creyó oportuno para dulcificar su suerte. Por último, al cabo de dos años, habiéndole jurado solemnemente Dolores que no haria la menor tentativa para descubrir á nadie su existencia, y que se recataria escrupulosamente de todos los que habitan el castillo, (escepto el alcaide que es sabedor de todo) consintió su madre en sacarla de la torre, permitiéndola vivir á su lado en esta parte del edificio que se ha reservado. Desde entonces la angelical criatura se muestra casi contenta, aunque llora todavía siempre que pronuncia vuestro nombre, y se lastima del pesar que sentireis por su supuesta muerte. Entregada á sus ejercicios religiosos, y sin mas distraccion que cuidar de unos pajarillos que alimenta por su mano, y de dos tiestos de flores que ella misma ha sembrado, vé pasar resignada año tras año, sin exhalar la menor queja, siempre respetuosa y tierna con aquella cuyo fatal orgullo la ha condenado á tan misera existencia. ¿No hubiera sido menos malo, decidme, señor, que en vez de darle el vil médico el licor que le causó aquel profundísimo sueño con que os engañaron, y del cual no salió la desgraciada, treinta horas despues, sino para verse sepultada en perpétuo cautiverio; no hubiera sido menos malo, repito, que la hiciera dormir eternamente en este mundo de maldades, para que su alma pura estuviese ya en los cielos entre los ángeles á quienes se asemeja? ¡Pobre, pobre niña! añadió sollozando la arrepentida dueña: ¡tan hermosa, tan inocente, tan buena, y enterrada en vida por la misma que le dió la existencia!

Hablaba con demasiado acuerdo y daba sobrados pormenores de los estraordinarios hechos que referia, para que pudiese el conde reputarla loca: mas como si aun quisiera el cielo confirmar todavía mas la verdad de sus palabras, Isabel, que habia vuelto en sí cuando se terminaban las estrañas revelaciones, acudió á los pies del conde implorando su perdon, y ratificándolas con las mismas razones que para defenderse alegaba.

Ninguna duda era posible ya. Don Diego, cuyos afectos en semejantes momentos no nos es dado describir, solo acertaba á exclamar.—¡Mi hija! mi hija! ¿dónde está mi hija?

—A vuestra llegada no la dividia del sitio en que vísteis á la condesa sino una pared que queria traspasar con sus ansiosas miradas la desgraciada niña, le contestó la dueña; despues esta perversa mujer, que os pide ahora compasion y que se presenta disculpar la encerró en la torre, por mas que con mudas lágrimas rogaba la pacientísima víctima que la permitieran veros y oiros, y que la fé de su juramento debiera quitar todo recelo; porque la santa criatura jamás lo hubiera quebrantado.

—Aquí están las llaves de la torre, articuló débilmente Isabel: en la segunda de este lado del edificio es donde se encuentra la señorita.

El conde tomó el manajo de llaves con manos trémulas, y salió como loco sin cesar de exclamar;—mi hija! mi hija!—mas apenas hubo traspasado los umbrales de la puerta se encontró frente á frente con la condesa. Palidísimo estaba su semblante, como en el cruel momento en que la vió don Diego custodiando el exánime cuerpo de Dolores; y con el mismo acento profundo con que entonces la oyó decir—está muerta!—la escuchó exclamar ahora—está viva!—Está viva! y con honra! repitió la estraordinaria mujer por dos veces, cruzados entrambos brazos sobre su hermoso pecho y revestida toda su persona de una magestad semi-bárbara. Vos me obligásteis, añadió, á emplear un medio violento, horrible para el corazon de una madre; pero nunca falta el valor en las hembras de mi estirpe, y os he salvado á toda costa de la vergüenza de que fuesen herederos de vuestra sangre los descendientes infames de una plevaya deshonrada: de que fuesen vuestros lejitimos nietos despreciable parentela de los bastardos de Luna. ¡Tal ha sido mi crimen, don Diego Gomez de Sandoval! Os quité vuestra hija por impedir os que os quitaseis la honra!... Para castigarlo id á divulgar por el mundo que soy una madre inhumana que ha tenido por seis años encarcelada á su hija: sacadla en triunfo de este castillo; llevadla ante el favorito del rey, que acaso entonces os concederá su proteccion en vez de perseguiros: dádsela á Rodrigo á la faz de Castilla, inutilizando mis sacrificios y los que he impuesto con honroso rigor á la infortunada niña á quien estravió en mal hora una pasion indigna. Hacedlo, conde de Castro-Xeriz, hacedlo como lo digo, si os dice vuestro corazon que ha sido culpable el mio. Hacedlo si os parece preferible el desdoro que quisísteis causaros y transmitir á vuestros hijos, al pensar que yo os he dado para libraros de aquel.

Tan singularmente enérgicos eran el ademan y el tono con que pronunció la condesa las palabras que acabamos de transcribir: con tan imponente hermosura apareció en aquellos instantes á vista de su marido, y tan convencida se mostraba de haber obrado con

heroísmo, en vez de juzgarse culpable, que en medio de todo el tumulto de sus violentos afectos se quedó suspenso el caballero, casi dudoso de si debía admirar ó aborrecer á aquel coloso de orgullo que tenia delante. Ella le indicó con la mano la direccion que debía seguir para ir á la torre, y se volvió tranquilamente á sus aposentos, despues de decirle con acento mas blando:—Espero que me comunicareis vuestras resoluciones antes de dejar á Castro-Xeriz.

¿Nos exigirá el lector ahora que emprendamos la difícilísima tarea de pintar con fuertes y rápidas pinceladas, el interesante cuanto indescribible cuadro de aquella primera entrevista entre el mas tierno de los padres y una hija amantísima á quien llorara muerta por espacio de seis años? Nosotros confesamos nuestra insuficiencia, y solo diremos que no mata á nadie la alegría, pues no sucumbió don Diego al exceso de la suya cuando estrechó entre sus brazos á su adorable Dolores. Aunque era, indudablemente, no menos verdadero y profundo el regocijo de esta, esteriormente al menos aparecia mas sosegado, ya fuese porque los sentimientos religiosos que reinaban en su alma la hubiesen enseñado á dominar todo sentimiento excesivo, ya que despues de tan largos sufrimientos fuese el placer como cosa estraña á su corazon, y del que no acertaba á gozar con abandono completo. Cien y cien veces estrechó el conde entre sus brazos con jubiloso delirio á aquella celestial criatura, que mas bella que nunca por el carácter grave y melancólico que habia prestado la desgracia á los seductores rasgos de su apacible fisonomía; parecía de una naturaleza superior á la humana, para la que eran mezquinas todas las venturas de la tierra. En los transportes de la que entonces le otorgaba el cielo, por premio de su sublime resignacion en tantos dias de amargura, conservaba Dolores tanta dulzura, tanta modestia y religiosa unción, aun en los mas expansivos desahogos de su ternura filial, que la moderacion y calma con que soportara el infortunio se hacian menos admirables. Pasados los primeros momentos de aquella indescribible entrevista, en que don Diego Gomez de Sandoval se sintió desfallecer muchas veces bajo el exceso de su propia dicha, púsose Dolores á sus pies pidiéndole su bendicion paternal, y á par de ella absoluto perdon para todos los que habian tenido parte en la injusticia cometida con ella.

Besando con delirio su hermosísima frente y su aterciopelada caballera, la bendijo una vez y otra el venturoso padre, vertiendo lágrimas abundantes, aunque á la verdad muy dulces: mas nada respondia á la segunda súplica de la jóven, y ella, que tambien lloraba de ternura al recibir las paternales bendiciones, exclamó al fin con irresistible fervor.—Benedicid ahora á todos los que os han afligido: bendicidlos, padre mio, y con todo corazon perdonadlos, si quereis que este dia, el mas fausto y solemne de mi vida, sea para vos el mas glorioso.

¡Perdonar á tus asesinos! dijo el conde, recobrando el marcial y severo aspecto que junto á su hija perdía. ¡Benedicir á los que sin piedad me destrozaron el alma!

—Por eso se lo pido á vuestra virtud y no á vuestra justicia, respondió la jóven siempre de rodillas. Sí; han sido crueles con vos... acaso tambien conmigo: pero en algunos habia una intencion elevada: algunos, padre mio, han creido hacernos un bien, y ¿quién puede asegurar que se engañasen? Los otros han obedecido, ó fueron seducidos por la codicia: su flaqueza merece compasion. No me levantaré de vuestras plantas sin que me hayais jurado que los perdonais á todos; que los bendecís como á mí. En cuanto á la condesa, os pido mas todavia: os pido que la ameís con mayor cariño que antes; porque os ha probado un grande y ardiente celo, padre mio, sacrificando por lo que reputaba vuestra gloria los mas íntimos sentimientos de mujer y de madre.

—¡Dolores! exclamó el conde: eres un ángel y á tus pies debo estar, no tú á los míos. ¡Levántate, hija de mis entrañas! Levántate y manda como soberana de mi alma. Yo bendigo á cuantos tú bendigas: amo á cuantos tú ames: no tengo voluntad sino la tuya.

Pues bien, dijo ella enlazando sus brazos con los del caballero; ofredme que dareis hoy mismo un abrazo tan tierno y afectuoso como este á la compañera de vuestra vida: á mi querida madre!

—¡Te lo ofrezco! articuló don Diego, no sin algun esfuerzo.

—Prometed tambien que sereis mas que nunca el protector y amigo del buen doctor Pero Yañez.

—¡Lo seré!... dijo el conde, aunque temblando de cólera al escuchar aquel nombre.

—Hanme dicho, prosiguió Dolores, que yace en mejor vida mi respetable tio don Juan de Avellaneda, así como mi primo Gutierrez de Sandoval. Espero que pues otra cosa no podemos, rogaremos juntos, padre mio, porque sea eterna su gloria.

—¡Dios tenga misericordia del señor de Izcar! dijo don Diego.

—En cuanto al alcaide de este castillo, quiero que le deis gracias por el celo con que os sirve, y que jamás le retireis vuestra proteccion y confianza.

—Lo trataré como á un fiel criado: respondió su interlocutor.

—María, mi pobre dueña, no se apartará de mi lado en los pocos dias que le restan de vida. Está muy enferma y necesita mis cuidados.

—Haré cuanto de mí dependa para endulzar sus padecimientos.

—A Isabel Perez la casareis con uno de vuestros escuderos, á quien ama hace muchos años y del cual es correspondida. Por afecto y ley que tiene á la condesa, ha estado separada de él por espacio de seis años, y es justo que premieis tanta lealtad y constancia dándola un dote para su matrimonio.

—Tú lo señalarás, ángel mio.

Tornaron á abrazarse estrechísimamente el padre y la hija, y despues dijo aquel:

—Ahora que te he complacido en todo, compláceme á tu vez, hija adorada, declarándome tus deseos en otros particulares. ¡Escucha! la enemisad de don Alvaro de Luna y la desconfianza que en contra mia ha sabido inspirar al rey, me habian decidido á alejarme para siempre de la corte, y aun del suelo castellano. Oí una palabra y desistiré de todos mis proyectos, y te sacrificaré todos mis odios. ¿Anhelas que te presente á la corte para recobrar tu antiguo rango, tu brillante existencia? Pronúncialo, y olvido todas las sinrazones de que soy víctima, y vuelo á los pies del rey, á los del favorito si es preciso, para implorar su gracia y reconquistarte el puesto que te es debido.

Calló el conde y callaba tambien Dolores: habíase oscurecido en aquel momento, con la nube de una cavilacion dolorosa, el resplandor sereno de su purísima frente, y era mas agitado el movimiento habitualmente tranquilo de su mórbido seno.

—Habla, alma de mi vida! repitió por dos veces el conde antes de que la jóven hubiese encontrado en su mente una palabra que al parecer buscaba, hasta que la halló sin duda, pues pronunció muy despacio y sin levantar los ojos:

—Habeis nombrado enemigo vuestro al condestable de Castilla. ¿Ofendisteis en algo á su familia, ó es que os ha ofendido ella? ¿Se han roto todas las nuevas relaciones que al parecer debian reinar entre dos casas que estuvieron próximas á enlazarse?

—¡Todas! respondió don Diego: el condestable me aborrece de muerte.

—Mas... ¿su sobrino?... añadió la jóven temblándole la voz: su sobrino ha perdido acaso en nuevos compromisos el recuerdo de aquellos que debian haceros siempre tan querido de él?

—Su sobrino, repuso el conde enternecido por la emocion profunda que experimentaba Dolores, vive muy retirado, y se dedica esclusivamente á las graves obligaciones de su nuevo estado.

—¿Está pues casado? articuló Dolores con tan débil acento, que se necesitó para entender su pregunta toda la penetracion de la paternal ternura.

—Ha entregado su corazon, respondió al punto, á un dueño mas digno que cuantos pudiera buscar por la estension de la tierra; al único, hija mia, que merecia mas que tú su constante adoracion, consolándole ámpliamente de haberte perdido. Rodrigo de Luna es ministro del Señor.

Dolores se puso de rodillas, juntas las manos y elevados los ojos hácia el cielo con espresion sublime, y vuelta despues á su padre que la contemplaba extático, le dijo sin variar de actitud:

—Lo que él ha hecho, padre mio, obedeciendo la voluntad del cielo, os dice indudablemente cual debe ser la resolucion mia. Muerta estoy para el mundo, y muerta para él debo permanecer siempre. No penseis siquiera en hacerme renacer para una vida engañosa que ninguna felicidad podria darme, y en la cual no entraria sino como involuntaria acusadora de los rigores de mi madre. La gracia que yo os pido, la nueva existencia que os demando, en nombre de la piedad que debo inspiraros, es el sagrado asilo de un solitario convento donde como esposa de Jesucristo pueda rogarle por vos y mi familia, á la par que le tribute mi agradecimiento profundo por haber purificado con el fuego eterno de un amor divino, dos juveniles corazones que habian cifrado su dicha en las pasajeras satisfacciones de una pasion terrenal. Escuchad, pues, mi última súplica ¡oh el mas querido y el mejor de los padres! escuchad esta súplica que os hace mi alma con mas elocuencia que mis labios, y abridme cuanto antes las anheladas puertas de un religioso retiro, donde me presentareis como una pobre huérfana que os ha sido confiada, sin que jamás se revele que existe todavia vuestra hija. Para Dios y para vos vivirá únicamente. ¿Puede desearse mayor ventura que no existir mas que para lo que se ama?

Prorumpió en lágrimas el conde, pero no se negó á los deseos de la jóven. Se hallaba completamente subyugado por el celestial poder de aquella santa criatura.

Trataron ambos de aquel asunto, y convinieron en partir juntos aquella misma noche, y en elegir el padre por punto de residencia la ciudad ó aldea de Navarra en que se hallase el convento que prefiriese su hija. Toda la ambicion del adelantado de Castilla no tenia en aquellos instantes otro objeto que el vivir cerca de Dolores, quien por su parte no indicaba tampoco pensar mas que en su familia. El nombre de Rodrigo no volvió á salir de sus labios.

Concluida aquella tan larga como interesante entrevista, dejó el conde á la jóven en compañía de Isabel y María, preparando su maleta de viage, y habiendo dado al alcaide las órdenes convenientes para la partida, pasó al cuarto de su mujer, procurando prestar á su semblante cuanta apacibilidad le era posible.

Doña Beatriz le vió entrar sin moverse del sillón en que estaba sentada y conservando sin alteracion su noble y austero continente.

—Vuestra hija y yo, la dijo el conde (sin poder reprimir un gesto que revelaba los impulsos que sofocaba en su pecho) vamos á partir muy pronto: apenas oscurezca dejaremos el castillo. ¿Resolveis por ventura acompañarnos?

—Decidme antes, le preguntó la dama, adonde llevais á Dolores.

—Tranquilizaos, respondió su marido, sonriendo con amargura. No la llevo á proclamar con su vida la tiranía de que fuisteis capaz, haciendo gemir á la naturaleza. Vuestra víctima sepultará ese

secreto dentro de los muros de un convento, al que no llevará ni aun el nombre que ha debido heredar. Tal es su voluntad, señora, y espero ahora conocer la vuestra.

Doña Beatriz pareció conmovirse, y guardó silencio por algunos instantes. Después dijo con melancólico acento:

—Ningun mortal la merece: el esposo que elige es el único que conviene á ese ángel, que estuvo tan en peligro de ser vilmente profanado. En cuanto á mi, conde, me quedo en Castilla para hacer cuanto mi obligacion me ordene á fin de dejar en claro vuestra inocencia y restituir la estimacion y la confianza del rey, que no pudieron robaros sin emplear para conseguirlo miserables calumnias. Cualquiera que sea el éxito de mis tentativas, iré á buscaros donde quiera que esteis, cuando deje cumplido aquel deber sagrado, y si entonces no me habeis juzgado mejor, si todavía os encuentro dominado por los sentimientos que en vano os esforzais por ocultarme ahora; si aun me aborreceis como á una mujer sin entrañas, y no habeis comprendido que me las he despedazado por afán de vuestro decoro, por anhelo de conservar sin mancha el esplendor de vuestra casa... en ese caso, don Diego, solo me presentaré á vos para suplicaros me permitais acompañar á mi hija en el asilo de paz donde vá á conquistar la eterna.

¿Se violentó el adelantado para cumplir la solemne promesa que antes empeñara á Dolores?.. No lo podemos decidir; mas es lo cierto que después de un minuto de vacilacion penosa, tendió su mano á la condesa diciéndola con voz conmovida.—¡Beatriz! siempre seréis estimada por vuestro esposo como la mas austera virtud que existe sobre la tierra, cualesquiera que hayan podido ser los errados consejos de vuestro disculpable orgullo.

La condesa besó la mano que estrechaba entre las suyas, humedeciéndola con una lágrima, y pidió el consentimiento de D. Diego para despedirse de su hija. Aquella súplica contribuyó sin duda en gran manera á modificar esencialmente los sentimientos con que entrara en aquel cuarto el buen adelantado, pues antes de conducir á Dolores á los brazos de su madre abrió para esta los suyos, y estamos persuadidos de que la promesa empeñada quedó, esta vez por lo menos, exactamente cumplida.

Dos horas después, cuando ya la noche envolvía la tierra con sus opacos velos, Dolores y su padre, con solo Mari-Gracia y dos pajes por acompañamiento, emprendian su marcha en medio del mas profundo silencio, mientras la condesa prevenia al alcaide lo tuviera todo dispuesto para su partida á Medina del Campo, donde se encontraba á la sazón el rey, y á cuyo punto iba á dirigirse la dama en las primeras horas del siguiente dia.

Su salida del castillo no fué, empero, realizada, sin haber tenido antes el dolor de ver delante de sus muros á la gente de armas enviada por D. Juan II para tomar posesion en su real nombre de aquella inespugnable fortaleza de que se despojaba á su dueño, declarándole poco después desobediente y rebelde.

Conclusion.

Hacia fines del año de 1445, ó á principios del siguiente (pues no encontramos determinada la época con precision exacta) se verificó una singularísima coincidencia, cuyo breve relato servirá de conclusion á nuestra verídica historia.

Habian llegado entonces el favor y arrogancia del condestable de Castilla á aquel punto culminante desde el cual, no siendo ya posible mayor subida, se hace indispensable el progresivo descenso, cuando no sorprende entre los vertigos consiguientes á tamaña elevacion, como con frecuencia acontece, una súbita y estrepitosa caída.

A proporcion del crecimiento de crédito y de autoridad que gozaba D. Alvaro, era el amenguamiento de fortuna y de influencia que sufrían sus enemigos, entre quienes se contaban los mas ilustres personajes del reino. Don Diego Gomez de Sandoval, uno de ellos, habia sido despojado por sentencia de confiscacion, de los cuantiosos bienes que poseia en Castilla, y acaso se entendiera á mas el rigor de que era objeto, si, como hemos visto en el anterior capítulo, no hubiese buscado asilo cerca del rey de Navarra, desde los primeros anuncios de la tempestad que le amenazaba. Mas en el tiempo de que hablamos al comenzar estas líneas, aun era mas dura y triste la situacion del conde, que durante los dilatados años que habia visto pasar en la expatriacion, devorando rencores cuya satisfaccion le prohibia su lealtad: no obstante que en aquellas épocas de revueltas, y en las que, aun reinaba escandalosa toda la anarquía feudal, no se juzgaba con la severidad que usariamos ahora, á los grandes vasallos que se defendian con las armas en la mano de las que miraban como arbitrariedades del trono. D. Diego, contenido largo tiempo por instintos generosos, hubo de imitar por último á otros magnates castellanos, tomando parte activa en la liga que á cualquier precio queria acabar con D. Alvaro; y peleando bajo las banderas de Navarra en la batalla de Olmedo, en la que la fortuna se les declaró contraria, fué hecho prisionero como otros muchos grandes de Castilla, y encerrado en la torre de Lobaton, donde aun permanecia en los dias de que vamos á ocuparnos, no obstante las activas diligencias que en favor suyo practicaba su esposa, acudiendo á Castilla desde Navarra, donde residia, al primer aviso que recibió de tan infaustos sucesos.

Mientras era tan amarga la suerte de los condes de Castro y su familia; D. Juan II daba nueva señal de la singular estima que hacia del condestable y de la suya, elevando al arzobispado de San-

tiago á don Rodrigo de Luna, aunque les pareciese á muchos que aun era joven aquel personage para tan venerable cargo.

Antes de tomar posesion de su silla el nuevo prelado, quiso, segun encontramos consignado en un documento interesante, rendir una última honra á la memoria de aquélla que habia sido su único verdadero amor, realizando el deseo que por muchos años alimentaba de visitar su sepulcro y rogar al cielo por su descanso en el altar de la capilla en que sus restos yacian. Cumplió entonces aquella idea: celebró él mismo de pontifical una solemne misa en sufragio del alma de la que tanto amó, y algunos de los que asistieron á ella aseguraban después que, terminado el sacrificio incruento del altar, el arzobispo electo de Santiago habia permanecido una hora entera puesto de rodillas, en muda y fervorosa oracion, sobre el blanco mármol de una sepultura, en la que mas de dos siglos después todavía leyó uno de nuestros progenitores esta larga inscripcion en gruesos caracteres góticos:

Aquí yace María de los Dolores Gomez de Avellaneda, hija primogénita de D. Diego Gomez de Sandoval, Conde de Castro-Xérez, Adelantado de Castilla, Canciller mayor del sello de la puridad, Señor de Lerma, de Denia, de Osorno, de Cea, de Ayora, de Villafrescho y Gomiél, etc. etc., y de su legitima esposa la nobilísima señora Doña Beatriz de Avellaneda. Pasó á mejor vida el dia 14 de Enero de 1425 á los 16 años, 5 meses y once dias de su nacimiento.

La coincidencia singular que hemos anunciado á nuestros amables lectores, es que en aquella misma hora que pasó orando Rodrigo sobre la tumba vacía que decoraba tan ostentoso epitafio, se celebraban en un convento de Navarra las humildes exequias de una pobre monja, á cuya sepultura solo se puso por señal una cruz de madera, sin inscripcion alguna.

Sin embargo, jamás pasaron cerca de ella las piadosas mujeres de aquella santa comunidad, sin encomendarse con devocion á su hermana en Jesucristo, Sor Maria de los Dolores, que descansaba en aquel ignorado sepulcro, y cuyas virtudes heroicas, que pudieron admirar en mas de catorce años que habia vivido entre ellas, les permitian esperar estuviese gozando ya su alma de la bienaventuranza eterna

G. G. DE AVELLANEDA.

Parte literaria.

JUANCHO 2.º

Dícese comunmente que todas las segundas partes son malas, pero eso será cuando las primeras hayan sido buenas que si las dos son peores, sucederá con la primera y con la segunda lo que al poeta aquel que presentó á la censura dos composiciones y leida la una por el censor le dijo devolviéndola: "esa otra es mejor" —¡si no la ha leído V.!.—peor que esta no puede ser.

Aplicada la parte que corresponda al presente artículo, prosigamos con nuestro Juancho al que dejamos huyendo del *caban* prometido por el gobernadorcillo.

Para encontrarle solo nos basta oler en donde guisan y sin falta allí le hallaremos: en una boda en que hay arroz y gallo muerto, como dice el perro de la fábula es en donde debemos buscarle. Como en estas fiesta, se halla verdaderamente en su propio terreno, pronto da á conocer su talento epigramático, y viéndole tan decidido y oportuno le piden algunas mugeres que cuente alguna cosa que las distraiga; se hace rogar lo bastante para hacerse desear, pero al fin accede

Las cosas, dice, se comienzan por el principio: cuando nuestro abuelo Adan estaba solo en el mundo se hallaba triste, muy triste; Dios le daba conversacion alguna que otra vez, pero como tenia mucho que hacer por estar concluyendo el mundo, no hacia caso de Adan, y el abuelo estaba aburrido de veras.

Un dia que Adan se quedó dormido, Dios se aprovechó de la ocasion y le quitó una costilla para con ella hacer una muger que divirtiese y acompañase al abuelito, pero como la costilla estaba reciente y fresca, se la entregó á un ángel para que la pusiese á secar en el *batalan* y la estuviese guardando: el ángel la puso en efecto en el *batalan*, pero en lugar de guardarla se fué á coger guayabas. Como en el tiempo de entonces ni habia cocinas ni se cocinaba, todos los perros andaban muy melancólicos por falta de alimento; un perrito faldero olió la costilla del *batalan* y sin ninguna ceremonia se la apropió gruñendo de contento: el ángel que volvía

con las manos llenas de guayabas y vió al perrito llevarse la costilla, de un brinco lo alcanzó bajando la escalera, cogió la cola del atrevido, asíola fuertemente y tira que tira, se quedó con ella en la mano, huyendo el ratero desrabado pero con merienda. El ángel todo asustado, se presentó al Señor pidiendo perdón de su descuido: Señor, un perrito despreciable me robó la costilla que cuidaba y queriendo rescatarla solamente he podido alcanzar su cola y aquí la traigo; no te apures muchacho que con eso hago yo la muger: en efecto, pone manos á la obra, y estira de aquí, encoge de allá, en un vira vira quedó perfecta la muger del triste rabo de un perro: y por eso vosotras estimáis tanto á los falderos que al fin es vuestro padre.

Al concluir Juancho, los hombres se echan á reír, las mugeres se ponen furiosas y sacando las chinelas, arman un zapateado, y algo mas, sobre las costillas de Juancho que feliz se llama porque lo puede contar; tuvo que abandonar el pueblo porque los enemigos eran muchos y poderosos.

Como el destino de Juancho es no trabajar, en ninguna parte mejor que en Manila en donde dan fondo todos los aburridos y holgazanes de los pueblos y donde viven mas libres que en ninguna parte, defecto de todas las capitales.

Juancho nunca ha podido ver á un chino y siempre que ha podido les ha echo alguna picardía: rogándole uno trasladase su tienda á otra parte, se prestó gustoso no para, trabajar sino para tener ocasion de hacer daño: á cada paso que daba; ponderando el mucho peso, dejaba caer la carga con estrépito; el chino gritaba, pataleaba y juraba en su lengua:—ampay dima chirí dichí suya no jugalo—si, si no jugalo, decia Juancho, pero pesa mucho.—Suya no jugalo, suya rompelo, suya pagalo—si, si pagalo.—Vaya home vaya otro poquito pa—si, si otro poquito pa, y llevaba otro porrazo la tienda.—Sai dinchi quejoy, suya diablolo, suya queblalo aquí mi tienda, suya pelio toro mi putuna y gritaba desafortadamente.

Dice Juancho, que hay un animal que cuando grita todos los de su especie que le oyen acuden gritando igualmente, y que como los chinos se alimentan con preferencia de este animal, tienen tambien sus costumbres: efectivamente, á los gritos del chino acudieron todos sus paisanos que pudieron oírle, y Juancho se libró de morir en manos de infieles porque tuvo la habilidad de desaparecer como por encanto, y luego se vengó yendo por sus tiendas preguntando:—Cosa señolia, suya tiene maldiciones con contera de laton? ¡ha! no tiene seguro nuevo patida ese; por este estilo les pedia varias cosas, pero nunca lograba incomodarlos.

Supo un dia, que el chino *Tan-Cuico* hacia el amor á Dorang conocida suya, á la que mandaba carruage á su casa varias tardes: sentándole esto muy mal á Juancho, se propuso hacerle una mala pasada; finjió ser comisionado contra chinos, y se encaró con el infiel *Tan-Cuico*.—Suya mungsi ¿tiene ba vos aquel buyccac? dale aquí conmigo que yo ha de lee. El chino le pareció que Juancho no tenia trazas de comisionado, y aunque estaba sin documentos, le respondió con bastante altivez:—Cosa ba ese ampay calingua.... suya tiene ba comision pala pidi pasapote con mia y pala jase buluca aquí na calle? ¡dichí!—Juancho sacó un título para teniente de barrio, no sé de que pueblo, lleno de firmas y sellos del tiempo del general Corcuera, y dijo al chino;—mira vos lintic si cosa ba este que ta qui na mi comision; cosa ta burla yo ba con vos, ó ta jase buleta no mas como aquel otro mana comisionado sina Tiaguillo, sina Bembe, sina Goyo, que dando vosos un peso con elos pasado man y repasado vosos mana buyccac ha de soltá luego luego.

El chino se encontró vencido y tuvo que apelar á la risita, que segun Juancho aprenden en colegio antes

de salir de su tierra.—Señolia suya no legañalo con mia, yo conoselo ya, suya comisionado totoo, y le alargaba dos pesos:—¿Cosa ba ese? Dale bejuco: decia á otro que figuraba ser su dependiente.—Espela pilimelo, mia dale razones: y alargaba cinco pesos.

—Dale bejuco:—Espela mona no dise palo suya pegalo ya: mia dale razones, y daba ocho pesos:—Dale bejuco: desde andenantes pa ya jabla con suya que yo no recivi saborno como aquel otro mana comisionado jambriento: si agarra yo con suya de 'sintura ha de barrajá allí na suelo ha de sona suya como trueno.

Ya conose yo con vosos mana chino aquí na Manila, ta jase humilde humilde y de boca dulce, pero tiene largo largo uñas: con todos quiere vos jase tonto, hasta con el mana dalaga, ta vos regalá mana rosario de tamborin, castañas, peras, otro mana golosinas y luego enamora vosos y no quiere bautisá como judío, sino cuando ha de casá ya no mas: todo aquel maula de vosos y aquel embusterías, no ha de pasá conmigo, por eso.

—Dale bejuco.

—No mas ya mia dale dosi onsa:

—Dose onsas!! trae trae.

—No dose dosi namas mia polobe.

—Bueno: pero suya no emprentá ya mas con ñora Dorang ha? ni topetea suya mas conmigo porque sino dale un palo na su cabeza y desparraga su seso.

—Adiosi señolia camsià.

Ya Juancho empieza á salirse de su centro, á pocas de estas lo tenemos en Balabac.

Pasados algunos dias encontramos á Juancho muy bien vestido, hasta con zapatos que no habia usado nunca, tomando el fresco sobre un mostrador de chinos, y metido por la política adelante, sobre si los franceses y los ingleses conquistarían ó no la China.

—China glande moyto lalga, decia un chino gordo abanicándose aprisa, aquí ingle quiele guela con Sonson, aquí fanse quiele conquista ¡ha no puere! glande China moyto lalga.

—Cosa ba no puede, si aquel ingles y aquel franses estaya na Pekin.

—Ja.. ja...ja....ja.... Chonena home ja...ja... lispalate home: aquí Pekin tiene Empeao mucho sondalo, si aquí fanse quiele combate segulo molita aquí fanse, ja...ja... ja...jauu.

La última vez que vimos á Juancho fué delante del Beaterio de la Compañía observando la salida de las ejercitantes, cada una con su atillo á reunirse con los que las esperaban en la calle: Juancho que vió algunas ejercitantes, tomó pretesto para hacerse el diablo predicador.

Vosotras mana mugeres que ta vini aquí na Manila pa hacé ejersisio aquí na Beaterio ta pidi licencia na vosotros mayores, ta pidi mucho dinero para baon, ta viste aquel camisa largo largo y aquel rosario grande grande de chireta y mas que ta saludá con vosos aquel conocido no mas vosos ta contestá porque ha de veni aquí entra na Beaterio; luego ta compisá todos los dias hace misere, ta dale golpe na pecho, ta ayuna, ta hace cilicio y ta paga dinero pa.

¿Cosa ba ese? para que acabado aquel nueve dias ha de sali ya vosos peinado bien el pelo, ta mira primero na espejo ta limpia lágrimas na ojos y ta quedá ya alegre porque espera na puerta aquel mana conosido que parece gato que ta esperá raton pa comé.

Ta engaña vosos na mas con vosotros mayores (con Dios antes) mientras ta vosos na Beaterio, no ta vos mas acordá con aquel mana novio, ta llora que llora y no ta viste bueno, pero cuando ha de sali ya ta mudá bueno bueno, cada paso ta componé el tapis y ta rie alegre porque mira con el mana novio que trae carruage y trae cargador para lleva aquel balotan.

Cosa ba ñora Doran ya olvida ya oste con aquel chino?

seguro patelea aquel infiel y ha de mori si ansina.... No pudimos oir mas porque un palasan del camachin hizo callar á Juancho.

Siendo hoy el 19 de noviembre dias de S. M. la Reina (Q. D. G.) con tan plausible motivo indultamos á Juancho, de lo contrario razon habia para mandarlo á Balabac ó algo mas lejos: ojalá nuestros lectores concedan el mismo indulto á

CORENE.

Parte científica.

RESEÑA GEOGRÁFICA, CIENTÍFICA, ESTADÍSTICA, AGRÍCOLA INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE LAS PROVINCIAS DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO.

COMANDANCIA MILITAR DE BONTOC.

Se halla situada al Norte de la anterior en los montes de la gran cordillera. Confina por el Norte con la provincia de Abra; por el Este con las simas de la gran cordillera central; y por el Sur y por el Oeste, con la Comandancia de Lepanto.

Se halla como hemos dicho situada toda ella en la escabrosidad de los montes y la riega casi por su centro un riachuelo con poco caudal de aguas llamado Dalican que corriendo de Sudoeste el Nordeste, desagua en el llamado Caycayan, el cual sigue corriendo hácia el Norte hasta que vierte sus aguas en el Saltan que en la misma direccion, torciendo algo al Este, las vierte en el rio grande de Cagayan; mide de Norte á Sur unos cincuenta kilómetros, y de Este á Oeste, veinte y siete.

Próximamente á estas montañas habitan las razas de los Busaos é Itetapanes infieles, los primeros en los montes al Norte de los Buriles en frente de Candon, terminando al Oeste y Norte por los Tinguianes y al Este por los Itetapanes. Se pintan el cuerpo con flores en los brazos y usan unos aretes muy grandes en las orejas ó bien un pedazo de palo, lo cual les alarga la ternilla inferior hasta cerca del hombro; tienen grandes pueblos y muchas siembras de paláy bien regadas; su traje solo se diferencia del de los otros en que llevan en la cabeza una especie de solideo de bejuco ó madera. En lugar del talibon ó *bujias*, usan una especie de hacha de hoja grande, casi cuadrada y mango corto que llaman *aliva* y las fabrican en Bauang pueblo de Quinanes.

Los segundos ó sean los Itetapanes, confinan por el Oeste con los Busaos; por el Este con los Galdanes; por el Norte con los Quinanes, y con los Igorrotes por el Sur. Son de aspecto repugnante, muy sucios de pequeña estatura, morenos, nariz gruesa y muy chata, ojos negros y redondos; llevan una especie de solideo en la cabeza pintado de colorado, y en los hombros como un capote de hoja de palmas que llaman *anas* ó bien de cogon. Poseen el secreto de dar al bejuco un hermoso color encarnado y sus armas son la lanza, flecha y el hacha ó *aliva*.

Tambien comprende este distrito las razas de Quinanes, Galdanes y los Mayoyaos. Los Quinanes ya se han descrito. Los Galdanes se parecen á los Itetapanes en su aspecto y traje; habitan desde las orillas del Magat á las del rio chico de Cagayan, confinantes con los Calaguas; hay entre ellos muchos cristianos y se prestan fácilmente á la reduccion. Los Mayoyaos se diferencian poco de los anteriores.

Los productos de estos montes en los tres reinos son iguales á los anteriormente descritos; no hay carretera real ninguna en este distrito y la industria y comercio de sus habitantes, es casi nula, siendo la principal ocupacion la agricultura, caza y el comercio en cortísima escala.

La Comandancia de Bontoc fué creada por Real órden de 24 de Junio de 1858, con el objeto de estender la reduccion en las razas infieles en esta considerable estension de terreno, separándolos de la de Lepanto ó Cayan de que dependía.

Manda este terreno un Comandante Militar de la clase de Capitan.

COMANDANCIA P. M. DE BENGUET.

Se halla en estos mismos montes; confina al Norte con la de Lepanto; al Este con la gran cordillera; al Sur con Pangasinan, y al Oeste con la Union; mide unos 55 kilómetros de Norte á Sur é igual distancia de Este á Oeste; riega este distrito el rio grande de Agno que corriendo de Norte á Sur, se interna por este rumbo en la provincia de Pangasinan con varios afluentes á él que descenden ya de la gran cordillera central, y de otro secundario que divide estas aguas de las que vierten en la provincia de la Union; todo el terreno es montañoso y lleno de barrancos con gran cantidad de riachuelos que le riegan. Es estéril en general; está habitado por los igorrotes; tiene poca poblacion; produce maiz, arroz muy poco, alubias, patatas, verduras y legumbres. Los rios arrastran partículas de oro; se dá tambien tabaco, camote, y gabe, único alimento de los naturales; hay muchos pinos de grandes dimensiones y buena calidad; difícilmente se transporta la madera por lo quebrado del terreno.

El gobierno está desempeñado por un Comandante P. M. de la clase de Capitan.

De estos únicamente Benguet tiene misionero Agustino calzado y se puede contar como pueblo.

COMANDANCIA P. M. DE TIAGAN.

Se halla en la orilla izquierda del rio grande del Abra; tiene 3624 tributos ó reducciones; el territorio tiene unos 55 kilómetros de longitud y 44 de latitud. Confina por Oeste con Ilocos Sur; por el Norte con Abra; por el Este con Lepanto; por el Sur con la Union, en un ancho valle. Se cultiva arroz, tabaco y legumbres; hay muchos árboles de molave, ipil, narras y otras maderas; se produce cacao. Está regado el terreno por varios arroyos y riachuelos; habitan este territorio la raza de Busaos; los habitantes de la Comandancia son bastante dóciles.

Tiene las cabecerías ó rancherías siguientes:

Lulano Barit y Bulilisan; que se tomaron de la provincia del Abra y, Bacungan y Sigay de la de Union; se formó esta Comandancia separándola del Abra para mejor atender á la reduccion en 3 de Noviembre de 1852; desempeña su gobierno un Comandante P. M. de la clase de subalterno.

(Fin de la provincia del Abra y Comandancia de Lepanto, Bontoc, Benguet y Tiagan.)

Revista de la quincena.

Esta vá de despedida, queridísimo suscriptor. Nuestras conferencias quincenales terminan hoy, al menos por ahora, por que la *Ilustracion filipina* sucumbe ahogada en simpatias, y sofocada de lectores, pero por falta de abonados que contribuyan á suministrarle el preciso sustento para su vitalidad. A esta publicacion puede aplicársele con toda esactitud el adajo «mucho te quiero perrito; pero *pan* poquito.» Y los editores que no quieren ser sastres del Campillo, apagan la linterna y dicen, con sobrada razon:

«Este teatro se alquila.»

Si en el mundo fuera sensata la generalidad de los hombres, escarmentando en cabeza ajena, lo que ocurre hoy á este periódico y lo que les ha sucedido á otros que han visto la luz pública en esta capital, se admitiria como prueba palmaria de la injusticia con que se acrimina por algunos, el que la prensa de este pais está monopolizada. No hay otro monopolio que las circunstancias mismas de localidad; circunstancias relativas al excesivo costo de cuanto es indispensable para la confeccion de una publicacion, cualquiera que ella sea, y el estrecho círculo, relativamente hablando, en que pueden jirar estas publicaciones. Círculo que se estrecha tanto mas, cuanto que son muchos los aficionados á la lectura, pero pocos los amigos de contribuir con su óbolo á sostener la publicacion. Siendo muy de notar el indiferentismo de aquellos con quienes los editores se lisonjean poder contar como los primeros á suscribirse. Sobre este tema pudieran decirse muy buenas cosas; pero se ha tenido la prudencia de no completar la publicacion del número de suscriptores y no seria noble ahora levantar el velo que con tanta abnegacion se ha corrido sobre este particular. Pero si estimamos lícito el decir, en justo desahogo, que precisamente tales individuos han sido los mas constantes detractores de este periódico; siguiendo en esto las huellas al avaro que llena de improprios al menesteroso á fin de justificar de algun modo su avaricia.

Muy lejos de nuestro ánimo el querer dar á nuestra publicacion mas importancia que la que real y verdaderamente ha tenido, pues nuestro amor propio no nos ha cegado, ni nos ciega, hasta el punto de considerarla con mas mérito que el que en justicia y desapasionadamente le corresponde. Nos ha lisonjeado, es cierto, el aprecio con que se ha recibido en Europa y la distincion que han merecido algunos escritos de los que en este periódico se han insertado, porque esto lisonjea siempre; pero jamás nos han engreido tales deferencias. Hemos apreciado mucho, con todas las veras de nuestra alma, y jamás lo olvidará nuestro agradecimiento, lo en cuenta que se han tomado algunas indicaciones nues-

tras, promoviéndose expedientes y adoptándose resoluciones en su consecuencia, sobre motivos de interés general, de bien público; pero en ninguna ocasion nos ha hecho insolentes ni sobervios esta consideracion que se nos ha dispensado. Nos ha conmovido agradablemente el ver, muchas de las láminas que se han acompañado á las entregas, figurando entre marcos trabajados con primor, y hemos recibido mil placemes y laudatorias de personas completamente desconocidas para nosotros; pero ni esta especie de aura popular, ni el desden de los que se han constituido nuestros adversarios, de los que han tenido en muy poco nuestra publicacion, de los que han censurado rudamente nuestros escritos, sin darnos lecciones maestras, teniendo como han tenido, todos, abiertas las columnas de nuestro periódico para lucir su talento; ni la benevolencia de los unos, ni la mordacidad de los otros, decíamos, nos han separado un ápice de nuestro propósito; cumpliendo con lealtad el compromiso contraído y haciendo cuantos esfuerzos han estado á nuestro alcance para complacer á nuestros constantes abonados.

Se ha censurado el precio de esta publicacion tachándola de escesivamente cara y bueno es que contestemos á este cargo.

La falta de buenos grabadores en madera, nos hicieron apelar, desde un principio, á la litografía que no resiste tantas tiradas como el grabado y hay que reproducir los dibujos en nuevas piedras, y su costo, por tanto, es crecido tratándose de láminas, á diferentes tintas, tan perfectas y artísticamente concluidas como lo están la generalidad de ellas; pues la adquisicion del original, de dibujo ó de fotografía, la litografía, la tirada y el papel marquilla en que se han estampado, ocasionan tales desembolsos que si se vendiesen separadamente las láminas no podrian darse por menos de cuatro reales cada una; por consiguiente los suscritores al periódico han venido á recibir poco menos que gratis la parte tipográfica en la cual, tambien, no puede menos de concederse que ha habido el mayor esmero y perfeccion tanto en los tipos, como en el papel y correccion. Y esto es necesario saber lo que cuesta en este pais para apreciarlo en su justo valor.

Por nuestra parte, confesamos ingenuamente que soltamos la pluma sin despecho y sin enojo. Con sentimiento sí; por romper tan bruscamente nuestras relaciones quincenales con nuestros benévolos favorecedores, y porque justamente vamos á terminar nuestras tareas, cuando empieza á regenerarse la buena sociedad Manileña en animacion, buen gusto y armonia.

Testigo de ello la creacion de la culta sociedad *La España*, que tantos y tan gratos momentos de solaz promete, si se persiste con igual fervor y entusiasmo que hasta el presente. La sociedad lírico-dramática *La España* nos recordará con suma complacencia los buenos tiempos del antiguo Liceo. Quiera Dios se confabulen todos de buena voluntad para evitar los escollos en que al fin tropezó el Liceo y que le hicieron zozobrar y hundirse; Dios libre á esta sociedad naciente del *anay* que carcome y destruye la existencia de estas expansivas reuniones. Este vicho roedor es la vanidad, el deseo de distinguirse por el lujo, por la ostentacion, por el afan de aparentar grandeza y boato. Si aquellas personas que por su posicion pueden sostener gran tren, se conviesen en adoptar constantemente una elegante sencillez para asistir á estas reuniones, el remedio sería heróico; por que caería en ridículo quien con menos fundados motivos aspirase á deslumbrar por su lujo. Es cuestion harto delicada y que conviene tratarla con sumo tino y discrecion, á nuestra manera de ver.

Testigo, tambien, tantos conciertos, tantos *Tes-danzantes*, tanta reunion agradable, como estamos presenciando cada dia, con formas altamente recomendables y

de buen tono. Dígalo, sinó, la plácida noche que se pasó en casa del Sr. de Creus, el ocho, y de cuya reunion se ocupó el *Diario de Manila*, mas oportunamente que pudiéramos hacerlo hoy nosotros; pero cumple á nuestro propósito dejar consignado que los elementos para amenizar tales y tan escogidas reuniones no escasean, cuando en solo la suaré á que nos referimos se cumplió literalmente y de una manera inmejorable el progama siguiente:

1.^a PARTE.

1.^o Fantasía para piano, sobre motivos de la *Sonámbula*, por el Sr. Calahorra.

2.^o Aria de la ópera *Nabuco-D'Egitto*, la *sui lidi*—cantada por el Sr. Corera.

3.^o Fantasía para piano, á 4 manos, sobre motivos de la *Traviata*, compuesta y dedicada, á la señorita doña Concepcion de Creus, por su maestro el Sr. Calahorra, y tocada con valentía, seguridad é inteligencia por la jóven discípula y, con la maestría consiguiente, por su acreditado autor.—Tras la ejecucion de esta parte hubo una escena interesante no sujeta al programa; pero hija y esclava lejitima de los sentimientos del corazon, entre familias cariñosas y bien amadas. Y en verdad que nos conmovió ver la razon con que se dice que los abuelos son dos veces padres.

4.^o Dueto de la ópera, *Elicsir de amore*.—*¡Cuanto amore!*—Cantado por la señorita de Miciano y el señor Corera.—La señorita de Miciano cuenta con dotes envidiables para el canto y con conocimientos mayores que los que pueden eesijirse en una aficionada. Del señor Corera nada diremos cuando és toda una reputacion en su cuerda.

5.^o Fantasía para violoncello y piano sobre motivos de la *Traviata*, compuesta por el Sr. Calahorra. En esta pieza concertante lució su habilidad el compositor, tocando el primero de aquellos instrumentos con tanta dulzura, espresion y maestría que en nuestra humilde opinion, es una notabilidad en tan difícil instrumento.

6.^o Romanza cantada por el Sr. Carcer.—*Il addio*.—No habiamos tenido la complacencia de oir antes á este caballero y nos gustó estraordinariamente su buen estilo y su afinacion.

7.^o Duo de *I Puritani*.—*Il rival salvar tu dei*, cantado por los Sres. Corera y Creus. Este último apesar de lo abandonadas que tiene sus escelentes dotes para el canto, pues hace muchos años que no las ejercita, encontramos su voz tan fresca y armoniosa como en los buenos tiempos en que la cultivaba y la ejercitaba con predileccion.

2.^a PARTE.

1.^o Capricho heróico para piano por el Sr. Calahorra.

2.^o Duo del *Trovador*.—*¡Cual voce?*—por la señora Miciano y el Sr. Corera.

3.^o Cuarteto para piano del *Rigoletto* por la señorita de Corrales, (D.^a Cármen) ejecutado con soltura y espresion.

4.^o Aria de la ópera *Gemma di Vergi*.—*Ecco il pegno ch'io le parsi*—cantada por el Sr. Carcer con tan buen éxito como la romanza.

5.^o Dueto de la ópera *Nabuco*—*Donna chi sei*—por la señorita Miciano y el Sr. Corera.

6.^o Aria de la ópera *Marino faliero*—*Odo il suon dichì sprezza i pesigli*,—cantado por el Sr. Creus.

7.^o Potpourri jocoso, cantado y acompañado de guitarra, por el Sr. Corera, con un gracejo y difícil facilidad que gustó sobremanera.

Hemos detallado, aun cuando á la ligera, este concierto de familia, para probar nuestro aserto de que los elementos para amenizar tales y tan escogidas reuniones no escasean, pues á mas de esta reunion, hubo otra en Sanpalo casa del Sr. Arrieta (D. Vicente) no menos animada, y otras parciales, que prueban y dan á conocer faltaban solo lazos de union y genios activos

y creadores para agrupar y reunir estos elementos dispersos, en cuanto es posible conseguirlo para el intento plausible y recomendable de pasar la vida en fraternal armonia y con algun desahogo y expansion para el espíritu, en los términos mas conformes con la cultura de una buena é ilustrada sociedad. El profesor Sr. Calahorra por una parte y los directores y fundadores de la España por otra, están llenando este vacío que sentiamos en la vida Manileña, y empiezan su mision cuando nosotros damos fin á la nuestra. Gracias que no les faltarán plumas mejor cortadas que canten sus triunfos, pero para nosotros será siempre un sentimiento no poderles tributar nuestros homenajes de adhesion.

Teniamos ofrecido para este número, dedicarnos al examen de un opúsculo, bastante original por mas de un concepto, que se nos habia confiado para hacer su juicio crítico y deducir las serias y tristes consideraciones que de su lectura se desprenden; pero la falta de espacio nos impide cumplir la promesa, quedando este cabo suelto, como algunos otros que hemos dejado iniciados y pendientes en nuestras revistas y en algunos artículos. No nos faltaran, sin embargo, amigos á quienes confiemos nuestros pensamientos y los datos que quedan dormitando en nuestra cartera, para que vean la luz pública en otras publicaciones, mejor esplanados y espuertos que lo haríamos por nosotros mismos.

La redaccion, pues, se despide agradecida del público deferente y con particularidad,

OPAC.

El Cocinero. (4)

¡Valiente pécora! exclamarán algunos al leer este epígrafe.

No, amado lector, el ente que por la mañana, al medio dia y á la noche pone á prueba tu sufrimiento, y mas que tu sufrimiento tu paladar y mucho mas que ambos tu estómago, é infinitamente mas que todo tu bolsillo, no es pécora ni valiente.

Es ni menos ni mas que el *cocinero indio*. Distingo, como diría un escolar: es el *indio cocinero*, porque antes que cocinero es indio.

En tono de broma esta distincion, nos explica muchas de las cosas peculiares á nuestro héroe que miradas bajo otro punto de vista serían inesplicables.

Para comprenderlo así bastará admitir como un *hecho* el siguiente *dicho*.

Indio y *rutina* son dos palabras distintas que ofrecen un mismo resultado.

Lo diremos en términos mas claros.

El *indio* es la *rutina* personificada.

Por eso conserva hasta hoy algunas costumbres tan antiguas como el mundo y tan contrarias á la civilizacion como antiguas.

Una de ellas es la de comer á puñados.

No cabe duda alguna en que así debieron hacerlo los primeros habitantes de la tierra, y especialmente los que empezaron á poblar las Islas Filipinas.

Tampoco es dudoso que el primero que *cocinó* en estas islas, lo hizo valiéndose del mismo combustible con que hoy se guisa en todas las casas y chozas del archipiélago.

Este combustible es la leña.

Sin ella, seguramente que el indio no sabría hacer nada.

De lo dicho se desprende una deduccion y una prueba.

Se deduce que en el indio la costumbre de *cocinar*, como él dice, á fuerza de *leña*, es casi tan antigua cual la de comer sin mas cuchara ni tenedor que los cinco mandamientos, lo que prueba su espíritu rutinario.

Pero al menos para guisar hay que concederle á la leña una ventaja sobre el carbon y es, que sino tan buenos, dá mas inmediatos resultados.

Cualquiera comprenderá que semejante circunstancia no es de echarse en saco roto aquí donde para todo falta tiempo.

Por eso hay tantas y tantas cosas por hacer!

Por eso mismo el cocinero no tiene lugar para discurrir alguna variedad en los platos que os ha de poner en la mesa.

Y por eso tambien os sirve hoy las mismas entradas y principios que ayer y que os servirá mañana y así sucesivamente hasta que consigue que os acordeis de vuestro pueblo por lo menos tantas veces cuantas os sentais á la mesa.

En Europa se sirve para comer.

En Filipinas se come para vivir.

Y ¿quién dá lugar á ello?

Quien ha de ser! El cocinero.

El cocinero y nada mas que el cocinero.

Aquí hay buenas carnes, buenos pescados, verduras muy regulares, buenas semillas, que vienen de la península, y escelentes frutas; en fin, todo lo necesario para poder dar gusto al mas delicado gastrónomo.

Pero el condimento, la confexion, el *cocinado* es fatal.

¿Qué paladar ni qué estómago resiste tres dias seguidos sin afectarse desagradablemente, un *gulay*, una *fritada* y un *salseado*?

Pues bien, si á eso añadís el *puspás* y la *tinola*, guisos todos tan insípidos como insustanciales, tendreis en compendio el manual ó arte culinario á que se ciñe el indio cocinero.

Todo lo que ignora respecto á mechar un pedazo de ternera, trufar un pavo, componer un arroz á la valenciana ó un bacalao á la vizcaina, lo sabe en cuanto á sisar un mucho de lo que se le dá para el gasto.

Lo peor es, que aunque existe el convencimiento íntimo de su rapacidad, no hay medios faciles para probarla.

Mandais por ejemplo, á la compra, á un criado de vuestra confianza y con la mayor sencillez y buena fé del mundo os trae los comestibles mas caros, en menor cantidad y peores que el cocinero.

No; peores que el cocinero, no; porque peor que el cocinero no hay nada.

Eso consiste en que aquí los mercados son un *galimatías*, y los vendedores no hay para que decir lo que son.

La práctica que es una escelente maestra, enseña al cocinero á comprar bueno y barato; mas esta ventaja siempre la utiliza en su provecho, nunca en el del amo.

No os molesteis en exortarle ó en hacerle reflexiones con argumentos de boca, de puño, ó de bejuco, porque os cansareis en vano.

Considerad que esa costumbre lo mismo que la de comer sin cuchara y guisar con leña, es tan innata en el indio cocinero, que apesar de que hace cuatro siglos que la combate el soplo de la civilizacion, se ostenta hoy con tanto ó mas vigor que el primer dia que pisó estas playas el insigne Magallanes.

En fin, tampoco busqueis el remedio mudando á cada instante de jefe de cocina, porque es lo cierto que por una especie de fatalidad, sucede que en los relevos de cocineros se vá de mal á peor, resultando por consiguiente que el último es el mas malo.

No nos queda pues, otro arbitrio que conformarnos con el primero que nos toque en suerte y esperar con paciencia á que entre otras muchas cosas llegue en Manila su turno de regeneracion al arte culinario.

Así lo desea.

F. DE LERENA.

(4) Véase el dibujo autógrafo.



SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Quien en noche de San Juan
 Encuentre allá en la enramada
 De su hermosura adorada
 Alguna muestra de afan
 Salte de gozo.
 Mas si en vez de afectos tiernos

Al acercarse á la reja
 Asomada vé á una vieja
 Ó atados algunos cuernos
 Echese al pozo.

MANILA 1860. IMPRENTA Y LITOGRAFIA,
 DE RAMIREZ y GIRAUDIER EDITORES.
 Calle del Beaterio n.º 10.

